

Desde 1982, cuando se inició la crisis de la deuda del mundo subdesarrollado, los centros del poder mundial han impuesto en la mayoría de los países pobres la desregulación a ultranza y la liberación indiscriminada de los mercados. Hoy los Estados-nación, cuyos gobiernos han acatado las medidas del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial con políticas económicas y sociales reducidas a procesos de ajuste y de gestión de muy corto plazo, han ido perdiendo control sobre la demanda y la inversión, lo que ha dificultado su propia obligación de planificar y promover el desarrollo en sus países; obligación cuyo cumplimiento se les ha dificultado aún más por la inestabilidad e incertidumbre reinante en el entorno económico mundial.

El deterioro de los principales indicadores macroeconómicos a escala mundial, que al parecer seguirá acentuándose en el corto plazo, ha llevado al Grupo de los Siete a incumplir quizás el compromiso más importante adquirido en su reunión en Colonia en 1999 condonando apenas 15 000 millones de dólares de los 100 000 millones de dólares de la deuda externa de sólo nueve de los 25 países pobres elegidos para ello.

Si la condonación de la deuda externa de los países pobres, para contribuir a la solución de los problemas socioeconómicos que padece la gran mayoría de los habitantes del planeta Tierra, no constituye una prioridad para países como Estados Unidos, Japón, Alemania, Francia, Reino Unido, Italia y Canadá, entonces tampoco podemos creer que los logros de la ciencia y de la técnica que estos países concentran y centralizan, con sus colosales posibilidades favorables para el florecimiento de la sociedad, se utilicen por esos países en beneficio de ésta.

La Carta sobre la Sociedad Global de la Información suscrita en la isla meridional japonesa de Okinawa por el Grupo de los Siete más Rusia, a raíz de su cumbre mundial en julio de 2000, supuestamente para reducir la brecha digital entre los países ricos y los pobres, es una evidencia de que este Grupo está más preocupado por regular el uso de Internet para los 332 millones de usuarios, 90% de los cuales procede de los países más desarrollados,¹ que por

¹ La información es a junio de 1999. Periódico *El País*, España, 23 de julio de 2000.

utilizar los logros tecno-científicos para enfrentar el problema de la pobreza extrema a que ha conducido el inexorable pago de la deuda externa en los países subdesarrollados y estructuralmente dependientes. Por eso, esa Carta defiende la apertura de mercados que facilite la propagación de la tecnología de la información, la protección de los derechos de propiedad intelectual, la proliferación del comercio electrónico sin eliminar cargas impositivas, la protección de datos y la defensa de una mayor coordinación en la lucha contra el delito cibernético.

Resulta interesante observar que Japón haya sido el único país de los ocho participantes en la mencionada Cumbre que ofreció financiar, con un paquete de 15 000 millones de dólares, la propagación en cinco años de Internet en los países en vías de desarrollo; también resulta interesante que este mismo país haya sido el único que a su vez aportara 3 000 millones de dólares a la batalla contra las tres enfermedades mortales más extendidas del mundo: sida, malaria y tuberculosis.

Al parecer, Japón está diseñando su propio camino no sólo en este terreno. La crisis asiática, la cual desencadenó una crisis financiera evaluada por algunos especialistas como la peor de la posguerra, convenció a los diez países de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático más Japón, China y Corea (ASEAN +3) de la inconveniencia de dejar a los mercados encontrar las relaciones óptimas de producción e intercambio y de autorregularse. Si bien estos países asiáticos están convencidos de que refugiados en el proteccionismo no hubieran obtenido inversiones, tecnologías y el acceso a los mercados que necesitan, sobre todo si sus exportaciones son casi iguales a las de Estados Unidos y la Unión Europea juntos, también están muy conscientes de que sus reservas son superiores a las de todos los países occidentales, por lo que están organizando su propio mercado de capitales sin que esto signifique ruptura con el Fondo Monetario Internacional (FMI). La ASEAN+3 tampoco está aceptando todas las sugerencias de la Organización Mundial del Comercio (OMC) pues Japón, China y Corea no liberalizarán su agricultura y tienen sus dudas en cuanto a la imposición de condiciones laborales y medioambientales al libre comercio.²

Otra muestra de las contradicciones en el Grupo de los Siete más Rusia es que Japón no ha logrado reducir la presencia militar norteamericana en su territorio a pesar de que más de la mitad de los japoneses han manifestado a través de encuestas ser partidarios de la reducción de tropas. Baste señalar que de los 100 000 soldados norteamericanos desplegados en Asia, 37 000

² *El País*, España, 23 de julio de 2000.

están en Japón y Corea del Sur. Sólo en Okinawa, las bases norteamericanas ocupan el 10% de la superficie de la isla. No obstante esto, el Pentágono quiere crear un escudo antimisiles para neutralizar posibles acciones militares de países como Corea del Norte, Irán e Irak, a pesar de que Rusia y China han manifestado que dicho programa de defensa desestabilizaría la seguridad mundial.³

En este marco que nos muestra los posibles detonantes de una crisis a escala global, queda claro que adaptar la tecnología que los países ricos van dejando obsoleta a la base tecnológica de la producción de los países pobres, así como impulsar el cambio del carácter y el contenido del trabajo y de los instrumentos y objetos de trabajo en estos países, es y seguirá siendo por mucho tiempo una tarea ardua y lenta mientras el progreso que de dichas acciones se derive entre en contradicción con los intereses de los principales representantes de la propiedad privada del planeta.

Norma Leticia Campos Aragón
DIRECTORA DE LA REVISTA *PROBLEMAS DEL DESARROLLO*

³ *Ibidem.*